

PROLEGÓMENOS DE UNA PINTURA VIRAL

(Obras Recientes de JESÚS ZURITA)

La Pintura siempre es un estado representacional, es decir, es un lugar donde el lenguaje siempre ocurre, incluso en el silencio del lenguaje; una Pintura puede ser hasta el lenguaje de lo callado. Allí siempre hay lenguaje, no importa cual lenguaje, pero ahí dentro, allí... en ese cubil planimétrico donde se desarrolla la espacialidad de una Pintura, el lenguaje siempre está. También cuando ella se sale de sus bordes claustrofóbicos, si se “expande”, lo que se expande es su territorialidad lingüística, es el Poder de su Lengua.

Muchos críticos, teóricos, e **historiadores** del Arte, creo especialmente se equivocan cuando afirman que una Pintura **si no** es icónica, si no es figurativa, si es abstracta, no es “representacional”. Aquí, en este punto, yo discrepo, yo sí creo que “representa algo”, representa un estado pictórico, representa un estado del color, de la temperatura anímica del trazo, representa un conocimiento técnico sobre el uso del material pictórico como material lingüístico, un material que se “ductabiliza” y se hace espeso, sutil, matérico -o debería decir: tautológico y reiterativo- o incluso se hace vacío, transparencia, hueco; soporte, en ella, en la Pintura, hasta el soporte es Pintura, es plano, mancha, color, espacio incoloro, textura; hasta sus medidas, su altura, ancho y grosor, son signos lingüísticos, datos a saber leer en una Pintura, porque todo lo que la compone, es eso... lenguaje, re-presentación, puesta en escena, puesta otra vez ante nuestra mirada.

Jesús Zurita, es un artista que conoce a la perfección estos menesteres. **Él** sabe que un espacio en blanco, o debería decir, sin pigmento pictórico, que deja entrever el lino crudo de su soporte pictórico, es igual un signo, es una planimetría que embosca, encapsula, encierra lo que allí ocurre dentro de su territorio (pictórico); el sabe que todo lo que ocurre dentro y fuera de un espacio pictórico, sí narra. Aún cuando su narrativa vaya de cómo quien conoce los mecanismos expresivos de la Pintura puede sentirse incómodo con ser obvio y prefiera “desnarrar”, por ejemplo: narrando hacia atrás igual se narra, se narra hacia atrás.

Entonces Zurita establece una de las estrategias pictóricas más reveladoras del conocimiento de la Pintura que he visto en los últimos años (dentro y fuera del contexto español, y sin exageraciones **halagadoras**, es sólo el resultado de una línea coherente de investigación ideo-estética), “tartamudea”. Sí, lo he dicho claro, “tartamudea”, finge “mudear” un poco, deconstruye el bloque monolítico del relato, lo rompe, o más que romperlo, lo fragmenta, separa sus partes y con ellas hace un puzzle, un rompecabezas no lineal, sino: curvo, escurridizo, polifónico y poliédrico, dotado de una sintaxis bicéfala y políglota que narra en varios tiempos verbales paralelos. Crea como una especie de “estado viral de la narrativa”, que tose, se asfixia, se sobresalta, tiene fiebre, decaimiento, cansancio, delirios... incapacitándola como sistema, o quizás en este punto debería decir, como verdad, como estado de pulcritud mental, como certeza, una certeza que ahora se muestra derrotada, infestada -al menos mientras dure su “estado viral”- de su propia debilidad, de su propia fragilidad disfrazada de duro cristal.

Tal vez, porque Jesús igualmente es depositario de un saber más viejo que su propia existencia: el Arte -por mucho que nos engañemos creyéndonos desde su solemnidad, otra cosa- simplemente es juego de simulacros y mentiras que sólo nos sirve como “mecanismo de defensa sentimental”, como “vacuna emocional”, o como un “antibiótico autoanalítico”, reflexivo (psicológico o comunicacional, más que nada) sobre el cómo asumimos vivir nos va lacerando, y en esa laceración hallamos felicidad, desasosiego, plenitud y empatía. Eso... una mentira. Y la mentira, sabido es que siempre se desvela como un rasgo evidente de la decadencia, del deterioro, del desparpajo, como síntoma de una enfermedad psíquica de la cual la sociedad contemporánea sufre como esquizofrenia irrefrenable en su vocación egocéntrica, en su fundamentalismo narcisista.

Desbloquear “la certeza de la narratividad” (léase: la “mera representación pictórica”, la copia aparentemente fiel de lo real, ese “AFUERA” que tanto nos machaca con información vomitada hacia nuestros ojos, hacia nuestra mirada saturada de falsa belleza prefabricada) para enmudecerla, hacerla tartamudear, desacelerando su relato con vaciamientos intencionados, deconstruyéndola con embellecedores vericuetos formalistas, que seducen por su virtuosismo mientras nos araña la retina con un cincel de oro; es así, un “mecanismo defensivo” que el propio Zurita implementa para asumir con cierta sinceridad cínica, o irónica, su tiempo histórico, este tiempo derruido o tatuado por el dolor, el engaño, la lejanía, los desplazamientos y la violencia. De ahí, que en la obra de Jesús Zurita -desde que la conozco, por allá por el año 1998- siempre esté presente la violencia, tal como si se mostrara como metáfora subterránea de lo que sucede entre los entresijos de sus micro-cosmos. Uno micro-cosmos que en los últimos tres o cinco años, han evolucionado del “interior visceral de un sujeto omitido”, a una

especie de retrato de un predicado proverbial, un predicado impregnado de subjetividad. Un paisaje donde el territorio en sí es el sujeto de lo que ocurre dentro de su dramaturgia. Una dramaturgia que sigue estando cargada de siniestralidad, pues donde antes la violencia era escandalizada como un impacto nauseabundo de grotesca grosería carnal, ahora se susurra, se sopla como aire frío en el cuello del espectador que se estremece de terror... pues el terror no es visto, sólo insinuado. Como si Zurita disfrutara evidenciando que la supuesta Muerte del Género Pintura, no está en la Pintura sino en quienes no la saben VER, en quienes no la saben disfrutar, en quienes sufren la enfermedad fatal de la miopía hermenéutica del facilismo simbolista, incapaces de hallar ese soplo de violencia contenida allí donde la belleza se desdobra en placer neorromántico de lo que nos abraza. O sea: el paisaje. Y es aquí cuando la enfermedad, o el virus, ya nos ha tocado, ya lo tenemos dentro **incubando** sus gérmenes de dudas; como su Pintura, que ya nos ha hecho suyos por su “tactilidad”, con su rugoso *corpus*, su eréctil agudeza, su atrayente decir... tartamudeando, el cual definitivamente para poderlo descifrar uno debe estar más atento.

Omar-Pascual Castillo

Granada, España

Octubre, 2008.